



ESTE LIBRO FUE FINANCIADO POR EL
CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES,
FONDO NACIONAL DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA
CONVOCATORIA 2013



EDUARDO BARRIOS
MIRA A CHILE
CRÓNICAS SELECCIONADAS

Eduardo Barrios Hudtwalcker (1884 - 1963)

ANTONIO GUERRERO

 EDICIONES
UNIVERSITARIAS DE
VALPARAÍSO
Pontificia Universidad
Católica de Valparaíso

© Antonio Guerrero Gutiérrez, 2013

Inscripción N° 220.633
ISBN 978-956-17-0559-3

Tirada: 500 ejemplares
Derechos Reservados

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Teléfono: 227 3087 – Fax: 227 3429
E.mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P.
Asistente de Diseño: Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Impreso en Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE



ÍNDICE

Agradecimientos	15
Presentación	19
Introducción	27
Chile	
Chile país de caballería.....	37
Este riquísimo país	39
Volvemos a Chile	41
Tener muchos hijos	43
Hacia una feria del libro	44
España: ¿madre o abuela?.....	46
Idiosincrasia Chilena	
Patriotismo criollo.....	51
La liebre artificial.	53
El sexto.....	54

Algo que aprender	56
Muy delicado, muy delicado	58
El capital que nos falta	59
Tema para hoy	61
No estoy para leso	62
El diminutivo y el señor que viene de París.....	64
El diminutivo majadero.....	66
Carestía y costumbres.....	68
La picardía criolla.....	70
Aprender a irse.....	71
Fiestas iguales.....	73
Callados y habladores	75
Nuestra mísera vejez.....	77
Pero somos valientes.....	78
Vestir	79
Nos argentinizamos	81
Entre corcovados y respingos	83
El siglo del billete sucio	85
 Vida Urbana	
Chistes del urbanismo	91
El niño en ridículo	92
Primitivos y civilizados	94
Momento urbano	95

La puerta del tren.....	97
Andar a pie	99
La mala voluntad	100
La sonrisa de resorte	102
Horas de audiencia.....	104
Ahora, ante Guizar	105
Atardecer de verano.....	107
Comercio en infancia inepta.....	109
Andar a pie	111
 Vida Campesina	
A propósito de la colonización.....	117
El catete.....	118
Cuarterismo endémico	120
¿Quién ha pensado en ellos?	122
¡Siempre Santiago!.....	124
El mejor agricultor	126
El santiaguino en el campo	128
Mulas muy humanas	130
El ingenio de ladrón	132
La lola	133
“No se hallará en otra”	136
Los enucos llegan	138

El palqui	140
El hombre de la parcela	141

Personajes

Los tontos a medias	147
Quiste de los pueblos	149
El jugador de lotería	151
El lector inocente	153
Pregones	155
Lectores de tranvía	157
El hombre que habla de sí mismo	159
El buitro	160
El trasnochador solitario	162
El viejo matón	164
El indeciso	166
Arte de pedir	168
Habladores y comunicativos	170
El joven jubilado	172

Reflexiones Contemporáneas

La tercera ironía	177
Periodismo gruñón	178
El Control de Cambio y el amor	180
Trabajo y alegría	182

La elevación por la risa	184
Mujeres uniformes	186
Gastar	188
Envidia sana	190
La mujer musculosa	192
Salir a andar	193
Tiempo fanático	195
El viejo ante el juguete	197
La vida seria	199
La frase vacía	201
La cueca baile fino	202
No más lágrimas de cocodrilo	205
La educación en la conducta	207
Yo voy a ser bandido	209
Progreso en conserva	211
Las lenguas viven, pero	213

Política

Eso es tener pueblo	219
Reflexiones independientes	220
Lo que todos buscan	222
El borracho a caballo	223
Un suplemento de las almas	225
Monumento al preso político desconocido	227

Anécdotas

Una escalera, una ascensión, un ejemplo 233
Un caso típico 235
La Asistencia Pública 237
Carabineros gentiles 238
Heráldica chilena 239
Una pequeña venganza 241
Un recuerdo al pelo 243
Una visita estrafalaria 245
La crueldad del moralista 247
Hablando de niños 249
El general Ibáñez y los peruanos 250

Bibliografía 255



AGRADECIMIENTOS

El llevar a cabo este trabajo de recopilación de las crónicas de Eduardo Barrios ha sido un ejercicio sumamente grato que ha venido a enriquecer sin duda mi experiencia profesional. Desde luego que en el transcurso de nuestra investigación uno no está ajeno a encontrar dificultades y barreras que sin la ayuda y consejo de otros se nos hacen muy difícil de sortear. Es por ello que no puedo dejar de reconocer y mencionar el apoyo de diferentes personas que en definitiva, sin ellos, no habría sido posible tener el resultado que tenemos frente a nosotros.

Un lugar importante en este sentido lo ha sido la Biblioteca Nacional, mi lugar de trabajo, en la cual, la sección de Periódicos donde me desempeño, se vive un grato ambiente laboral y buen compañerismo cuyos factores son, sin duda, valorables y alentadores para nuestro diario vivir.

Don Pedro Pablo Zegers, jefe del archivo del escritor, y Juan Pablo Yañez Barrios, nieto de Eduardo Barrios, quienes con su buena voluntad, sus sabios y desinteresado consejos me ayudaron mucho.

Debo, también, hacer mención a mi amigo y ex compañero de universidad Juan Rollano, y a don Héctor Catalán por sus competentes recomendaciones.

Especial mención tengo que hacer a mi familia, pues son para mí el pilar y mi fuerza para llevar cabo todos mis proyectos, no solamente los de índole profesional sino también en lo personal: mi esposa Lily Villablanca, mis hijos Antonio y Agustín.

Deseo agradecer y dedicárselo, con especial cariño a Dios y la Santísima Virgen María quienes son mi fundamento en la vida; a mi madre Luz Mireya y a la memoria de mi padre Salvador Guerrero a quienes debo todo lo que soy. Para mis hermanos Iván, Francisco Javier y su esposa Andrea.

Mención especial hago para mi hermano gemelo Eduardo quien dejó este mundo sólo unos meses antes que saliera esta publicación, y quien estaba muy feliz con la materialización de este proyecto. Este obra es en honor él y su memoria, la cual llevaré conmigo toda la vida.



PRESENTACIÓN

En 2013 se han cumplido 50 años de la muerte de nuestro destacado escritor nacional, Eduardo Barrios Hudtwalcker (1884 - 1963), quien fuera una de las figuras más sobresalientes de nuestra literatura de la primera mitad del siglo XX y que, entre otros logros, obtuviera, en 1946, el Premio Nacional de Literatura, el galardón más importante al que pueden aspirar los escritores en nuestro país. Esta conmemoración será un momento significativo, y nos invita, sin lugar a dudas, a la apreciación de esta distinguida figura de las letras y del ámbito cultural chileno.

Hoy tenemos que, entre sus más recordadas novelas, se encuentran “El hermano Asno”, “Gran señor y rajadiablos”, “Los hombres del hombre” y “El niño que enloqueció de amor”, sólo por nombrar algunas. Empero, Barrios llevó a cabo una basta y extensa labor ligada a las letras destacando no sólo en sus novelas sino también en otras facetas poco conocidas, como lo son sus ensayos teatrales y trabajos de índole periodísticos; además entre sus numerosas actividades fue miembro y presidente de la Sociedad de Escritores de Chile; miembro de Número de la Academia Chilena de la Real Academia Española, de la Real Academia Española, como también de las academias de Argentina y Brasil.

Es quizás por esto último que hablar de Eduardo Barrios es una tarea que tiene poca dificultad, pues no hay que desconocer que se trata de uno de los principales escritores de nuestro siglo XX y que fue parte importante de una generación muy destacada de escritores de la primera mitad de dicho siglo, como lo fueran Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, por sólo nombrar algunos, y que, junto a su estilo propio no dejó indiferente a su generación ni tampoco a las sucesivas.

Los esfuerzos en torno a dar a conocer y mantener sus novelas en la memoria nacional dan cuenta de la calidad de sus obras, como también, sus ensayos y cuentos, los cuales se han materializado en las sucesivas reimpresiones de éstas, como además la puesta en escena de “El niño que enloqueció de amor”, la cual goza de una amplia aprobación. Del mismo modo, se ha trabajado y elaborado numerosas investigaciones en torno al análisis de sus libros y que han contribuido de forma no menor a entregarnos un material de excelente calidad para entender y degustar de la pluma excepcional que contaba Barrios, como también a contribuir a un análisis más profundo de las características y singularidad de cada una sus obras y personajes que en ellas retrataba. Es gracias a esto que podemos verificar hoy que se ha elaborado e investigado en diferentes áreas de la producción literaria que Eduardo Barrios nos heredó, lo que se ha visto materializado en importantes volúmenes de intelectuales destacados tanto nacionales como extranjeros del mundo literario.

Sin embargo, y pese a lo fundamental que ha sido todo esto, no podemos dejar de desconocer que muy poco se ha trabajado en torno a la propia figura de Eduardo Barrios, es decir, que muy poco sabemos o conocemos acerca de sus pensamientos e impresiones personales que giraban en torno suyo y su percepción analítica del medio en que se desarrollaba su quehacer diario.

Es por ello que hoy, y frente a esta reflexión, se nos hace necesario conocer en forma más cercana, más profunda y humana la figura del escritor, su relación

especial hacia variados ámbitos de la vida nacional, y que nos permitan involucrarnos ya no sólo con el autor de importantes novelas y crítica literaria, sino al hombre, al ser que convivió en nuestra vida nacional en un determinado periodo de nuestra historia y cuál fue su relación y reflexión hacia su país y su gente, ya que Barrios estaba lejos de ser un intelectual de puerta cerrada, sino muy por el contrario, ya que fue un actor partícipe dentro de su contexto y realidad que le tocó participar, donde, incluso, no esmeró esfuerzo por tomar un rol más activo dentro de su contexto.

Es, bajo esta realidad, y sobre esta necesidad de acercarnos más a él, la que nos llevó a adentrarnos dentro de una faceta de Barrios, muy poco tratada como también muy poco investigada. Si, pues, la producción literaria de Eduardo Barrios se vio complementada por una labor que aún poco se conoce y que mucho nos puede entregar y servir para nuestro objetivo, y es que Eduardo Barrios, si había algo que gustaba disfrutar, éste era el contacto con la gente, con realidad tangible que le tocaba experimentar. Tanto por lo anterior, como igualmente la necesidad de obtener un trabajo más sustentable, es que Barrios trabajó durante varios años como periodista en diferentes medios de comunicación, como lo fueron la prensa escrita y revistas especializadas ligadas a la literatura.

Si fue, precisamente, entre los periodos en que algunos críticos han señalado como “ausente” de la literatura, es decir, entre el periodo que publicó *Páginas de un pobre diablo* (1923) y *El Tamarugal* (1944) en que Barrios realizó esta amplia labor como periodista en diferentes medios, tanto nacionales así como también internacionales. De los primeros destacan su labor realizada en *El Mercurio de Santiago*, *El Diario Ilustrado*, *Las Últimas Noticias* y *La Nación*.

Empero, fue en estos dos últimos donde Barrios entregó gran parte de su riqueza intelectual que dejaba en cada una de sus crónicas al analizar dife-

rentes fenómenos que llamaban su atención, y con ello transformándose en un actor y crítico de corte no sólo literario, sino además cultural y social.

De su labor en *Las Últimas Noticias*, periodo que va desde 1933 a 1939, escribe, a lo menos, dos veces por semana; mientras que en *La Nación*, periodo algo más breve, que transcurre entre 1952 a 1953, lo hace sólo los martes de cada semana.

En el año 2003, el Consejo Nacional de la Cultura financió la creación de un estudio muy valioso: “*Crónicas Literarias*”, de Eduardo Barrios, llevada a cabo por Joel Hancock. Dicha obra venía a destacar esta etapa de periodista y cronista que Barrios desarrolló en los medios de prensa y que, sin duda, abría una nueva arista en el estudio y conocimiento de Barrios, además ponía a disposición del público una fuente de extraordinaria riqueza hasta entonces poco examinada, como lo eran las crónicas periodísticas. Empero, y como reconoce el mismo Hancock, aún falta mucho por explorar e investigar dichas crónicas si se quiere profundizar en la figura de Barrios, pues “*Crónicas Literarias*” se remite única y exclusivamente sobre aspectos literarios del autor, como lo fueron la presentación y crítica de libros de diferentes autores tanto nacionales como hispanoamericanos y europeos, dejando fuera, tanto por las características de la investigación de Hancock como evidentemente la envergadura de una obra que pretendiera abarcar mucho más de eso, una gran variedad de temas a tratar por Barrios, donde se refiere a una diversidad de contenidos y realidades tan disímiles y misceláneos como lo es la política, economía, costumbres, etc., que envolvía la época de su tiempo y que conectan a Barrios con su realidad y su contemporaneidad, donde puso su atención y opinión, dejando con ello sus impresiones personales y que hoy se nos transforman en un medio de aproximación hacia el autor.

Es por ello que “*Eduardo Barrios mira a Chile; Crónicas seleccionadas*” viene a ser un aporte para adentrarnos en esta temática, es decir, viene a satisfacer la necesidad de ahondar en este tópico por conocer y profundizar en

el pensamiento y persona de Eduardo Barrios, que aún muy pocos se han aventurado y que tanta falta nos hace si se quiere entregar reconocimiento a labor de este destacado escritor nacional.

Trabajar con las crónicas de Eduardo Barrios, ha sido una experiencia de agradable cometido pues cada una de ellas están hechas con un lenguaje que, al igual que sus novelas y ensayos, son para todo tipo de lectores, de una gran sencillez y sin con ello dejar de ser agudo e inteligente.

Como hombre de letras que era y con una no inapreciable creación literaria, Eduardo Barrios cultivó diferentes estilos en cada una de sus obras. Sin embargo, en lo que se refiere a su labor de redactor en los medios de comunicación, particularmente la prensa escrita, se podría señalar que su principal estilo de redacción fue la “crónica”, género que utilizó generosamente entre los años en que se dedicó al periodismo.

Frente a ello, y con este valioso e inapreciable material, nos propusimos llevar cabo una labor, la cual consistió en un trabajo tanto investigativo como recopilativo, para reunir sus crónicas originadas durante este periodo, dándonos por resultado el conseguir compilar un total cercano a las 600 crónicas.

No queremos pasar por alto las dificultades que ello nos conllevó, pues gran cantidad de crónicas, así como la riqueza intrínseca de cada una de ellas nos puso en el difícil camino de tener que realizar la necesaria selección de éstas y con ello el deber de renunciar a aquellas que, por volumen y misión no podíamos incorporar por ahora.

Nuestra temática ha consistido en abordar las mejores crónicas escritas en este periodo que nos hablan de Chile y su vida, pues queremos conocer y profundizar esta relación tan estrecha que tenía Barrios con su país, con su entorno y que pudo influir en un no menor grado en su modo de pensar y concebir su propia vida y las obras literarias que generó.

Éstas crónicas, para hacerlas más abordables y digeribles para el lector, se han ordenado por capítulos temáticos, como lo son los relacionados con nuestra sociedad, nuestro campo, nuestras vida en la ciudad, y de temas sobre nuestra cultura e idiosincrasia y personajes característicos.

Sin embargo, dicha división por temáticas es sólo una guía para el lector puesto que en un número amplio de ellas se pueden apreciar temas e ideas de forma diagonalmente mezcladas y que podrían ubicarlas en uno u otro de los capítulos elaborados.

Eduardo Barrios buscó acercarse a sus lectores por diferentes medios, que van desde datos estadísticos hasta contar sus propias vivencias, que reflejan su modo de entender y vivir la evolución y transformación de la sociedad de su tiempo.

¿De qué nos hablan estas crónicas seleccionadas? De una gran variedad de materias relacionadas principalmente con nuestra vida nacional, de hechos y situación de la vida cotidiana, de personajes que están dentro de nuestra sociedad y que llaman la atención de Barrios, quien sabe perfectamente cómo retratarlos.

Por ello, que estamos seguros que el resultado de esta investigación nos entrega una obra que rescata y pone a disposición del público lector y de toda la ciudadanía interesada en conocer no sólo la figura de nuestro destacado escritor, sino también de un referente de nuestro pasado costumbrista.

Creemos que la obra será finalmente una contribución al ámbito cultural y literario chileno, pues con ello se habrá fortalecido de forma importante y decisiva en dar a conocer la personalidad y pensamientos de Barrios hacia nuestro país y su idiosincrasia, lo que hace de esta obra un referente a nuestra vida cultural y nacional.



INTRODUCCIÓN

Hacia 1879 la relación de Chile y Perú no pasaba por sus mejores momentos; desde los inicios de la guerra, Chile iba, tras cada batalla, conquistando terreno de un norte lleno de riquezas, y dejando tras de sí la vida de muchos hombres, y de mujeres que luchaban con encomio por sus pertenecientes patrias.

En 1880 las tropas chilenas han llegado hasta la mismísima capital peruana, Lima, para tomar control total del conflicto y por fin buscar un acuerdo de paz que logre poner término a tan doloroso episodio para dos pueblos hermanos.

Entre los miembros destinados a tal misión se encontraba Eduardo Barrios Achurra, quien, además de sus funciones militares y diplomáticas dedica tiempo en halagar a una hermosa joven peruana, de ascendencia germana: Isabel Hudtwalcker Jounny.

Muy pronto esta atracción se zanjaría de la mejor forma, como lo hacen quienes desean estar toda la vida juntos: casándose.

Casi de inmediato fue el traslado a Chile, a Valparaíso, donde fruto de esta unión, nacería un hijo cuyo amor a la literatura dejaría una huella difícil de eclipsar, no sólo en un país como el nuestro, sino también en un continente

tan ávido de letras nuevas. Un 25 de octubre de 1884 nacería su único hijo: Eduardo Barrios Hudtwalcker.

Sin embargo, no todo sería fácil para esta familia recién formada, pues cuando aún no pasaban los cinco años de este suceso, muere el padre de Eduardo, y con ello deja viuda a su joven esposa.

Esto, como era natural, obliga a Isabel Hudtwalcker a buscar apoyo entre los suyos, por lo que decide volver a su tierra natal, Perú.

Una vez allí, el niño Eduardo recibe el afecto y apoyo de parte de sus abuelos maternos, quienes, como confesaría más adelante, dejarían una honda nostalgia en su adultez. Por esos años, Barrios es educado en los mejores colegios de estas latitudes, casi todos ellos de carácter religioso y aristocrático.

Si bien su desarrollo es como el de cualquier niño, aún a pesar de la distancia, persisten sus vínculos con sus familiares chilenos, los que no se han perdido ni por el tiempo ni menos por la lejanía y, una vez que ha terminado su enseñanza secundaria, presionado por sus abuelos paternos, regresa a Chile para tomar los mismos senderos de su padre, incorporándose a la Escuela Militar.

“Desde los cinco años hasta los quince, fecha en que terminé mis estudios humanísticos, viví en Lima bajo el cuidado de mi madre. Sin embargo, era tan fuerte el llamado de la sangre que apenas pude, me escapé a Chile, donde ingresé a la Escuela Militar”¹

Allí permanece al menos por dos años, hasta que finalmente es dado de baja.

¹ *Las Últimas Noticias*, viernes 3 de abril de 1946, pág. 7. Declaraciones realizadas al momento de informarle que ha sido ganador del Premio Nacional de Literatura.

Muchos han pensado que fue el propio Eduardo quien buscó llegar hasta estos límites, lo cual nos parece que no sería nada de extrañar por las características propias de su espíritu juvenil, dado siempre a la aventura y de naturaleza inquieta. Es quizás por ello que Barrios jamás se pudo adaptar a la vida de la Escuela y esto, indudablemente, no cayó bien entre sus abuelos paternos, quienes desde ese momento cortarían toda relación con él.

Frente a ello es que, en 1904, Eduardo Barrios comienza una vida llena de aventuras y trabajos disímiles.

El mismo Barrios describe este tipo de vida cuando señala:

Fui comerciante, expedicionario a las gomeras en las montañas del Perú; busqué minas en Collahuasi; llevé libros a las salitreras; entregué máquinas por cuenta de un ingeniero en una fábrica de hielo en Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo, vendí estufas económicas; viajé entre micos y saltimbanquis y como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público como discípulo de un atleta de circo levantador de pesas².

Sin embargo, con los años, cansado de este eterno peregrinaje, Eduardo Barrios decide volver a Chile para tratar de llevar una vida más apacible y reposada. Tomando diferentes funciones de carácter oficinista que ha conseguido, como lo es en Servicios Eléctricos de Iquique; luego pasaría por Santiago y Tarapacá.

A pesar de su vida de un cotidiano laboral, Barrios lucha por desarrollar una faceta que, desde su infancia, ha estado siempre presente: escribir:

Hacia 1906 estaba nuevamente en Chile, esta vez en la pampa salitrera, iniciándome en la complicada y maravillosa técnica de la elaboración del

² *Premios Nacionales de Literatura*. De Miguel Ángel Díaz. Santiago, 1987, p. 148.

nitrateo bajo la paternal dirección de don Augusto Bruna. De esos recuerdos surgirían muchos años después las páginas de "Tamarugal".

Después caminé hacia el sur, me radiqué en Santiago y reanudé mis aficiones literarias. Y digo "reanudé" porque todavía me acuerdo de unas libretas de hule negro que me servían en la soledad de la pampa para escribir unos cuentos muy malos y muy largos que, felizmente, tuve el buen criterio de no mostrar a nadie. Y así luchando a brazo partido con la vida y conociendo todos los azares de mi generación, me abrí camino en el campo literario, que entonces era aún menos propicio que ahora.³

Y es así como el año 1922 marcará un hito importante en su vida, ya que consigue publicar su novela "El Hermano Asno", la cual será considerada una de sus mejores novelas a lo largo de su carrera literaria.

Posteriormente, en 1925, es nombrado para hacerse cargo del reciente creado Conservador de la Propiedad Intelectual de la Biblioteca Nacional. No ha alagado con ello, en los dos años siguientes, es nombrado Director General de Bibliotecas y de la Biblioteca Nacional, donde realiza una importante labor de reorganización incluyendo a su departamento al Archivo Nacional y a los museos; conservándolo hasta hoy como Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos.

En 1927 es llamado para desempeñarse como Ministro de Educación hasta 1931 momento en que ocurre la caída del General Ibáñez en 1931. Frente a ello y utilizando el desahucio legal correspondiente, es que adquiere una parcela en los alrededores de Santiago. Allí se retirará por 21 años, momento preciso para que Barrios diera rienda suelta a su pluma, pues es en este periodo donde escribe sus crónicas en el diario *Las Últimas Noticias* y posteriormente en *La Nación*.

³ *Las Últimas Noticias*, viernes 3 de abril de 1946, pág. 7.

Una vez que vuelve Ibáñez al poder, éste nuevamente lo nombrará en su cargo de Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos; y de Ministro de Educación en 1953, junto a ello, Barrios abandonaría su labor de cronista.

Finalizado este periodo Eduardo Barrios se refugia en la vida familiar, abandonando su labor tanto de escritor, donde había destacado en los géneros narrativo y dramático, como de periodista, donde había sobresalido como cronista. Murió en Santiago el 13 de septiembre de 1963.

Barrios un cronista

Como hemos señalado en la Introducción, Barrios trabajó como colaborador y columnista en varios diarios y revistas tanto nacionales como internacionales donde realizó una importante labor como crítico, pero fue tanto en "Las Últimas Noticias" como en "La Nación" donde tenía una columna propia, y realizaba sus comentarios de diferente índole que venían, sin duda, a inyectar de una nueva mirada o a entregar un punto de vista más ajeno y crítico a las diferentes noticias por los periódicos y que, hoy por hoy, se transforman en una fuente de gran fertilidad para conocer y adentrarnos tanto en la mentalidad de nuestro escritor como en el trasfondo cultural de un país como Chile en las primeras décadas del siglo pasado.

Al acercarnos a las crónicas seleccionadas de Eduardo Barrios veremos cómo el autor va tejiendo una dinámica que muestra lo que, a su juicio, denota en las actitudes distintivas del chileno. Características muy singulares y propias que saltan a la luz por medio de un lenguaje particular del cronista, como lo es la ironía para mostrar ciertas picardías chilenas, o bien, de forma clara y transparente sus apreciaciones. Esto lo llevará a que en muchas oportunidades tenga que referirse no sólo a las bondades que contiene nuestro pueblo, sino a los vicios y sombras que se presentan como "*Lleno de buenas cualida-*

des está el chileno, el tradicional criollo; pero a la vez, lleno de defectos".⁴ Estos reproches muchas veces serán tratados por Barrios, quien los denuncia, y lo hace sin enmascaramientos, por ejemplo, cuando se trata de los hábitos étlicos nacionales, nos dice:

*Hay una evidente diferencia entre beber vino y emborracharse con vino. Pero en Chile no es tan evidente. Ni siquiera para todos los hombres cultos*⁵.

Eduardo Barrios desea que nuestra nación crezca en virtud, para que mejore, que aprenda de donde haya que aprender, escogiendo lo bueno y dejando lo malo. Para ello, Barrios se fija, observa y compara la moralidad de otros pueblos para realizar su labor mostrativa y comparativa con el chileno. En ello no le serán indiferentes las cualidades y bondades que a su juicio componen otros pueblos, como el norteamericano o el pueblo europeo.

*Hemos de aprender, repito, del inglés, del sueco, del alemán, del nórdico en general. Aprender a sufrir cuando el sufrimiento significa remedio. Nuestras virtudes ibéricas que mucho valen, por cierto, ganarán así, complementándose con otras que nos hacen falta*⁶.

Hace esta tarea convencido de que nuestra nación puede y debe aprender de los buenos ejemplos, sin dejar, obviamente, las virtudes propias y características de su nación. Constantemente pone en paralelismo a otras naciones con el pueblo chileno para denunciar lo que a su entender estamos realizando mal, o de otro modo, cómo nuestro pueblo podría enmendar rumbo de costumbres negativas, principalmente relacionadas con hábitos como lo son el masivo consumo de alcohol, la timidez, la pereza, etc., hacia lados más

⁴ LUN, jueves 11 de enero de 1934.

⁵ LUN, jueves 15 de marzo de 1934.

⁶ La Nación, martes 28 de abril de 1953.

positivos de entrega y que redundarían en la grandeza de Chile. Pero no nos confundamos, Barrios no quiere ver transformado a nuestro país y sus costumbres, muy por el contrario, quiere su crecimiento moral, su fortalecimiento de lo bueno y desechando lo que nos perjudica.

Que Chile reconozca y fortalezca lo suyo, lo particular, lo hermoso de su nación; que no se pierdan las costumbres, que éstas no sean absorbidas en una época como la que le ha tocado observar, con los grandes avances tecnológicos de la primera mitad del siglo XX especialmente en los relacionados con las comunicaciones, y los medios de entretenimiento.

En este sentido, papel clave comenzaron a desempeñar tanto el telégrafo como el teléfono entre los diversos países y continentes, lo que permitió que las noticias llegaran de un lugar a otro y se desplacen en un menor tiempo al de cualquier otra época de la historia; el cine ha hecho lo suyo al ser no sólo un medio de entretenimiento sino también un vehículo de transmisión cultural, de costumbres y modos donde, incluso, la diferencia de idiomas ya no es una barrera que pueda limitar el consumo de películas anglosajonas, y particularmente norteamericanas, pues ellas son ahora subtituladas, abriendo con ello todo un mundo para quienes sólo conocían aspectos culturales de su mismo lenguaje.

Eduardo Barrios es, como periodista y hombre de letras, espectador privilegiado de estos acontecimientos, pues se da cuenta que estos son cambios de relevancia transformadora; por su formación y capacidad de lucidez, advierte que es un fenómeno que se registra a nivel mundial, y que también envuelve a Chile: es quizás el comienzo de lo que se denominará más tarde la globalización.

Barrios percibe el fenómeno y ve cómo las costumbres y modos van evolucionando, transformándose, modificándose, postergándose y como, a su vez, condiciones y prácticas, principalmente norteamericanas, penetran en

la juventud producto de su relación con los nuevos fenómenos comunicacionales.

*La civilización nos desciviliza, nos iguala, borra los matices que nuestras costumbre tuvieron... y disuelve la vida nacional en la monotonía.*⁷

Finalmente, podemos manifestar, que Eduardo Barrios nos invita, por medio de sus crónicas, a observar ciertos aspectos propios de nuestra identidad. Ha querido acercarnos a nuestras costumbres, hábitos y prácticas que se manifiestan dentro del país; de los personajes que se dan en cada una de estas realidades, como lo es el lector inocente y el de tranvías; el trasnochador solitario de la ciudad; un personaje de las montañas como lo es el buitrero. Con esto, consciente o inconscientemente, Barrios, ha retratado y fortalecido nuestra identidad nacional.

Es la mirada de Eduardo Barrios a la sociedad de entonces que mucho o nada puede haber cambiado, pero que por medio de sus letras nos ha dejado un legado que no podemos dejar de valorar.



⁷ LUN, sábado 26 de diciembre de 1936.



Chile país de caballería⁸

Once recompensas ha ganado nuestro equipo en el Horse Show de Nueva York. Cuatro primero premios y siete secundarios. Actuación lucida que nos enorgullece, pero que no nos sorprende, porque Chile es un país de caballería.

No quiero recurrir, para probarlo, a vulgares repeticiones de colorido barato, ni a hechos históricos demasiado conocidos, ni a patrioterías más o menos sobajeadas. Fijémonos más bien, esta vez, en nuestro lenguaje popular, en nuestras expresiones típicas. Nada descubre mejor los sentimientos más frecuentes, las ideas más próximas, la tónica o espíritu de un pueblo, que las imágenes y asociaciones expresivas de su hablar espontáneo.

Observemos. Al iniciar mi argumento, ya me salta la expresión probatoria: “Sé que voy en buen caballo”. Cuando alguien se encoleriza con nosotros, decimos: “se nos paró en dos patas”. Si, por el contrario, dominamos a esa persona, contaremos: “resultó muy blanda de boca”. Al chocar con un señor que casi nos echa acera abajo, nos volvemos para decirle: “Caramba que tiene buen caballo, señor”. Para calificar un embuste monstruoso, usamos

⁸ *LUN*, sábado 17 de noviembre de 1934.

un “mentira yegua”. Cada vez que resolvemos arremeter contra alguien, “resolvemos echarle la caballería”. Sobrarnos o faltarnos la capacidad en un trance, se expresa con un “me faltó” o “me sobró caballo”. Y hasta cuando un mocetón enamorado describe a una muchacha apetitosa, la llama “chinita de anca partida”. Los ejemplo se repiten, seguramente, hasta lo infinito.

Pero es un hecho. Somos, racial y hasta geográficamente, un pueblo de caballería. Racialmente, por el hombre. Geográficamente, por el caballo: en nuestros suelos duros y abruptos, el antiguo caballo español se volvió esforzado, sufrido, astuto, fuerte y aun amante de su jinete. Se convirtió en una raza nueva y célebre.

Y es preciso no sólo reconocer este hecho, sino también aprovecharlo y fomentarlo. Por un tiempo, anduvimos un tanto perdidos, o al menos distanciados de esta cualidad. Mientras hubimos de europeizarnos apresuradamente, mientras constituyeron novedad deslumbrante los deportes importados, olvidamos bastante la equitación criolla. Afortunadamente, en los últimos tiempos nos recuperamos. Los rodeos vuelven, como un mandato de la sangre. Hoy, casi no abrimos un diario sin hallar anuncios de rodeos a la chilena, en diversas ciudades. El rodeo es para nosotros lo que la corrida de toros es para los españoles: la puerta por donde hallan la salida, medio en arte, medio en proeza, los arrestos viriles de la raza y sus anhelos de colorear la vida. En ellos se ejercita la facultad latente, en ellos se satisface la pujanza de la vena. Y del rodeo deriva esta afición a las artes ecuestres que ha producido jinetes para la primera fila de la equitación mundial.

Yo creo que debemos celebrar el triunfo de nuestros jinetes en Nueva York, por todo lo que otros han dicho, pero también y principalmente, por cuanto ese triunfo tiene de afirmación técnica, de comprobación de carácter. La raza necesita estos triunfos para vivir sin degenerar. Y aquí reside mi agradecimiento de chileno a esos oficiales.

Este riquísimo País⁹

Ayer venía cerca de mí, en el tren, un pasajero que todos en Chile conocemos. El hombre que difunde, convencido, el concepto de que este es un país riquísimo. Es el criollo que toma el rábano por las hojas y que siempre con la mayor buena fe, atribuye a las hojas las bondades del rábano y a éste la inutilidad de sus verdes apéndices.

Esta confusión nos está haciendo mucho daño. Bien estaría que terminásemos con ella. ¿En qué es rico Chile? ¿En posibilidades? Sí. Pero las posibilidades no constituyen la realidad presente. Basta salir a la calle para ver que tenemos los peores taxis del mundo, nos vestimos con las telas más burdas y utilizamos objetos que parecen de lance, cuando no pertenecen a la franca mediocridad. Con una moneda vil y precios de venta viles, producimos una vida económicamente vil, y llegamos a tener millonarios de centavos, que fuera de Chile hacen el ridículo.

Pensemos y hablemos con exactitud: Chile es hipotéticamente rico; lo será así, en futuro hipotético y condicional. Pero en presente, y realmente, es pobre. He ahí lo cierto. Chile es el minero que posee una veta de la cual pueden salir los millones en un chorro, pero que pasa sus días turbios y torturados por la miseria. Sufrimos la herencia de ese minero, que fue el primer criollo: soñar siempre con la fortuna fabulosa y entretanto, murmurar comiéndose las uñas. Hasta que viene el hombre del verdadero país rico, adquiere la mina en cuatro reales y nos pone los pies sobre la realidad.

Los pies; pero no la mente.

El extranjero que nos visita, como trae los bolsillos dotados de buenos dólares, buenas libras, buenos nacionales y hasta buenos soles, se encuentra

⁹ LUN, jueves 5 de noviembre de 1936.

aquí en la gloria. Por todas esas cosas que nuestro “hombre del rábano por las hojas” considera caras, él da un par de sus centavos y se abisma de la baratura. Le miramos como a magnate, y en verdad que, estimado en relación con nosotros, lo es. Pero en lugar de reflexionar con él acerca del fenómeno nuestro, nos anticipamos a decirle muy ufanos que este es uno de los países más ricos del mundo. Como suena, en presente, sin que asome la menor duda del futuro hipotético y condicional.

Pues bien, todo eso es una mentira. Es menester que dejemos esa majadería. Chile es hoy, en realidad, uno de los países más pobres del universo, donde el “standard” de vida raya en lo miserable. Todo nos parece aquí caro porque lo hemos de medir con recursos de indigente, porque nuestra única vida posible es la del baratillo. Ricos en posibilidades, pobres en realidad. El extranjero que pasa entre nosotros su verano lo comprende al acto, y se va pensando en que si él trabajase aquí su caja de reserva realizaría sus ambiciones.

Sólo que no lo dejamos resolverse. Lo ahuyentamos con nuestra sabiduría política de avanzada. Nos falta capital con qué convertir lo posible en real. Capital hombre y capital dinero. Nos falta población que produzca y consuma, dinero que sirva para explotar el suelo y adquirir elementos. Debemos ver que, si necesitamos traerlo, claro está que no lo tenemos. Sin embargo, nos embriagamos con el concepto de que somos ricos y ahuyentamos la riqueza activa y real. El criollo del tren vocifera contra el capital extranjero y hasta contra el capital como entidad absoluta. En vez de atraer el que existe fuera y de producir aquí capitalizando para llegar a formar el propio, decimos capital como quien dice maldición a lo Marx. De donde resulta que somos pobres también de espíritu.

Basta ya de esta majadería. No la divulguemos más. Bien está que estimu-

lemos nuestra fe, porque ella hará el porvenir; pero, en esa fe, hay que distinguir lo que significa posibilidad y lo que constituye realidad; pues de lo contrario la fe se reduce a la ilusión y el resultado a desengaño.

Hemos de matar en cada uno de nosotros al “criollo del tren que toma el rábano por las hojas”, si queremos que la energía que sin duda alienta en nuestro carácter empiece a romper el verdadero surco de este suelo de promesas.

Volvemos a Chile¹⁰

En nuestro ambiente actual se advierte un regreso a todo lo que es chileno. Vuelven a nuestros entretenimientos los rodeos y la guitarra; por las calles del centro santiaguino se ven de nuevo los trajes de huaso; en los salones de la alta sociedad, las niñas cantan tonadas y saben otra vez rasguear las cuerdas de la clásica vihuela y modular esos acentos criollos, mezcla de lamentos indígenas y jipíos andaluces. Aun los espectáculos “hacen negocio” con lo criollo. El fenómeno es ya tan general, que bien vale la pena detenerse a preguntar cómo se ha operado: porque no basta alegrarse de él, es necesario también comprenderlo, a fin de no dejarlo perecer.

Pues bien, yo creo que tres factores han decidido este consolador regreso a Chile. No consideremos el espíritu criollo que en los patriotas ha permanecido encendido sin cesar; puesto que tales hombres predicaron en el desierto por muchos años y se esforzaron inútilmente por que nos recuperásemos. Nada consiguieron ellos, como no sea el noble papel de mantenedores del fuego sagrado. Contra sus prédicas, contra sus anhelos, Chile se extranjerizó. Nuestros ricos soñaban siempre con Europa; el salitre, que no había sido chileno, arrancaba a los hombres de la agricultura y de la mina de cobre y

¹⁰ LUN, sábado 7 de noviembre de 1936.

los hacía salir tras el esfuerzo extranjero con sus hombres anglosajones y sus costumbres de puerto, internacionales siempre.

Mas todo eso hubo de pasar. Y aquí de los tres factores yo diviso. Empece-mos por cualquiera de ellos. Por ejemplo, la pérdida del salitre. Esto trajo el regreso de los hombres al campo: la agricultura volvía a ser promesa y esperanza. La crisis mundial, a su vez, echó de las urbes europeas a los americanos: París ya no los toleró un día -día feliz para nosotros- y nuestros ricos hubieron de regresar. La misma crisis les dejó sin recurso en el extranjero. De suerte que allá ni cabían, ni las rentas chilenas le podían cubrir los gastos. Y hay un tercer factor meramente psicológico: los chilenos, como todos los sudamericanos, allá en París, por moda francesa, pulsaban la nota exótica. Sus casas se adornaban con chamantos, choapinos, joyas araucanas, corvos y greda populares. Europa les había mostrado su propio interés americano.

Así nos encontramos, de la noche a la mañana con los chilenos reunidos en casa, como los hijos pródigos, maltrechos afuera y refugiados en el hogar. La pérdida del salitre nos volvió a la agricultura; el nacionalismo irritado de los europeos nos repatrió por la fuerza, y la crisis interna nos obligó a reconsiderar el pasado rastacuero. Es curioso que hasta en la literatura y las bellas artes, todos aquellos fanáticos de Montmatre se han dado aquí, ahora, al criollismo.

Chile vuelve a Chile. Los chilenos se han desengañado, han aprendido su actitud genuina. La economía vuelve a encontrar su eje en la agricultura, y en el cobre, a veces. Y con el imperativo material despierta el imperativo anímico. Este zumbido de guitarras que se enreda a las sedas del salón, este arrastrar de espuelas que sigue al rico repatriado de París, este retorno del pueblo a la manta coloreada y a la medialuna, es toda una restauración.

A ver si es definitiva y, al decir que volvemos a Chile, podemos asegurar que es para no alejarnos más de él.

Tener Muchos Hijos¹¹

“Y tuvieron muchos hijos y fueron muy felices”. Vieja frase que coronaba todos los cuentos de la infancia. Porque, más que un final, era una coronación con sentido de moraleja. Aquel rey que vencía las vicisitudes y conquistaba el amor y la dicha, tenía después muchos hijos y así era feliz. En el alcance de aquellos cuentos sabios estaba la clave humana de la felicidad y del bienestar de los pueblos. Rey y nación se identificaban y querían decir una sola y misma cosa: hombre con muchos hijos y nación de muchos súbditos eran entidades con muchos afectos y muchos recursos. Y, en consecuencia, con mucha riqueza.

Las gentes de la ciudad se han ido alejando del sentido oculto de estos cuentos. Una estrechez urbana, determinada por los límites restringidos de la vida en la ciudad les ha circunscrito la visión a la avaricia en una de sus formas. Tener muchos hijos, para esas gentes, significa obligarse a muchos gastos. Pero en el campo el sentido la existencia disfruta de la amplitud natural, y allá tener muchos hijos equivale a conquistar el porvenir. Es frecuente ver el asombro de un matrimonio de la ciudad que enfrente de uno campesino.

- ¡Por Dios! -suelen exclamar- ¿Cómo pueden llenarse así de hijos? ¡Qué inconsciencia!

A lo cual siempre responde el campesino:

Los hijos son la fortuna del pobre.

Y eso que los campesinos ven deberían verlo en la ciudad. El campesino sabe que si tiene muchos hijos, puede ampliar sus actividades. Criar cabras, porque tendrá cabrero en la familia, seguro y honrado. Empezar siembras, porque el peón ideal, el peón con interés de dueño, jamás le faltará. Y así,

¹¹ LUN, sábado 4 de septiembre de 1937.

cien perspectivas. Criarlos exige sacrificio: pero este sacrificio se llama amor. Con el tiempo, aunque los hijos se aparten del hogar, aunque rueden tierras distantes, serán recursos para la familia. En diversos lugares habrá sentado ésta una rama y una fuente de ayuda y esperanza.

Una nación ¿qué es sino una familia? Nuestras repúblicas del Pacífico, solares inmensos y despoblados, sufren la suerte del rey que no tuvo muchos hijos y no consigue ser feliz. Del lado del Atlántico, los ojos permanecen más abiertos. Cuando la población falta, se busca la inmigración, que es como atraer a los hijos ajenos. Y las naciones que mandan los hijos que tuvieron con exceso, aún con este exceso que tienen salen ganando. Ese hombre que viene de afuera cuenta pronto entre los más afortunados de su nuevo solar.

Hemos de verlo. Hemos de comprender por qué Alemania, Italia, fomentan sus nacimientos; por qué Francia lamenta su población estacionaria. En Chile hay que hacerlo comprender. Si no tenemos muchos hijos, nunca llegaremos a la permanente felicidad, nunca seremos nadie, y nos conquistará por diversos medios otro rey que, al cabo de sus vicisitudes, se casó, tuvo muchos hijos y pudo ser feliz. Limitar a la familia viene a ser como amputarse brazos, reducir el número de las posibilidades, vivir en la medianía tarde o temprano devorada por alguna grandeza que nos cogerá desde afuera.

Tengamos valor para crearnos los recursos, que éstos nos darán la fortuna. Pensemos en la verdad de nuestro huaso: los hijos son la fortuna del pobre.

Hacia una Feria del Libro¹²

Treinta años atrás quién hubiera hablado de una feria del libro en Chile, habría provocado la peor de las risas, esa risa inútil e inexpresiva de las ocu-

¹² LUN, 27 de noviembre de 1937.

rrencias imposibles y que se aleja tanto de la gracia como se acerca al drama. No había entonces editores, siquiera los autores debíamos publicar los libros a nuestra costa y resignarnos a perder íntegra la inversión. Recuerdo yo que imprimir uno de mis libros me significó vender a una tía abuela, una tía que -¡vergüenza!- se revenderá en estos días con la galería de cuadros del arquitecto Siegel.

Mi tía, claro está, se hallaba reducida a miniatura. No me creeréis capaz de otros comercios con la familia. El miniaturista de la corte de Napoleón, el famoso Isabey, había retratado en Francia sobre vitela, y desde entonces presidía dormitorios en casa, en santuario familiar, con dos hermanas igualmente mimadas y que, afortunadamente conservo. Pero la pasión literaria nada respeta. No habría yo conseguido dar a luz ese libro, habría muerto, tal vez de parto impedido, si el señor Siegel no me compra la tía. Triste verdad. Y pérdida sin esperanza porque si bien el Sr. Siegel me prometió revenderme la dama en cuanto yo dispusiera el mismo dinero, bien sabía yo que jamás el libro me retribuiría el gasto.

¡Reembolsarse las inversiones hechas en imprimir nuestros libros! Ya costaba, no vender algunos ejemplares, tan solo regalarlos. A cierto compañero en letras le ocurrió una vez que, por haber obsequiado a un caballero amigo su reciente libro, en rústica, perdió la influyente amistad. El buen señor se lo devolvió, observándole que significaba falta de respeto, presunción por lo menos, a esperar que alguien tuviera que gastar en encuadernador para incorporar a su biblioteca “un libro nacional”.

Perdíamos siempre, los escritores, cuando publicábamos una obra. Los libros, como los hijos, habían de costarnos dinero. Acaso por esto amábamos más la literatura entonces.

Largo camino hemos hecho, sin duda, hasta llegar a este punto que vamos a organizar una feria del libro en Santiago. Los tiempos en los cuales em-

pezamos a vender no fueron mucho mejores. Debíamos salir con nuestros paquetes bajo el brazo, a recorrer librerías que nos aceptasen algunos ejemplares a consignación. Debíamos ser muy afables, además, a fin de que el librero accediese a colocar en su escaparate el cartelito que le llevábamos. Luego ¡cobrar! Pasaban los meses, hasta se producía el fenómeno de que los libros desapareciesen; pero el librero no liquidaba. Siempre aseguraba que no se había vendido un ejemplar.

Violento, uno de nuestros cuentistas adoptó una vez perentorio gesto para exigir liquidación. Y como demostrase al librero que no quedaba un solo ejemplar en su tienda, éste tuvo la osadía de responderle:

- Por último señor, sé muy bien la maña en que ustedes han dado: se hacen robar los ejemplares puestos a la venta, y en seguida cobran con prosa.

Hoy tenemos editores. Hoy se vende el libro chileno. Hoy se edita aquí el extranjero. Y vamos a inaugurar pronto una feria del libro. Mas, vamos a demostrar que en toda Sudamérica no hay mejor plaza editorial que la nuestra.

Los editores deberían explicar de qué artes comerciales se han valido para recorrer este camino hacia la feria del libro. Sería un interesante número en el torneo.

España: ¿Madre o Abuela?¹³

Quisiera yo que fuese madre aún. Pero ella nos ha dejado viviendo solos. Como la madre que ve a sus hijos ya con casa propia y se acerca sólo a ellos de vista, y de cuando en cuando. Acaso para reconocer nietos únicamente.

¹³ LA NACIÓN, martes 14 de julio de 1953.

Lo digo - ¿por qué no confesarlo? - con pena. He visitado la Feria española, y se me ha esponjado el alma de orgullo. Pero el considerar cuánto ha llegado a cumplir el desarrollo industrial de la Península y el calcular posibilidades de intercambio para nuestras dos economías, no va más allá de lo interesado y objetivo. Por dentro del orgullo y de las esperanzas, cierto añorar un vínculo desprendido me ha puesto algo triste el corazón.

¿Por que continúa España envolviéndonos, abrigándonos y contagiándonos con sus cordialidades materiales? Ya no. Las generaciones últimas no reciben este calor familiar que recibieron la mía y sus anteriores. Nos acariciaba España cuando nos enviaba constantemente sus zarzuelas, sus comedias, sus dramas, sus sainetes, y nos identificaba en gracia y sentir. Aun en quijotería. Tiempo y distancia nos desvincularon después, poco a poco. ¿Por qué?

Nadie canta, ni siquiera entona hoy en Chile “La Verbena de la Paloma”. Nadie sabe siquiera qué es una verbena. Nuestro reír de hoy ya no pasa de simple nieto del español, con parentesco que tiene generaciones de por medio. La sangre pervive, sí, pero ya como separada. El considerarlo nos entristece a quienes por largos años vivimos en familia con el gitano, el chulo, el baturro y los demás. Lo dicho: la madre se nos alejó; la evocamos como abuela.

Pero ¿por qué? Sí, ¿por qué?

Cuando los teatros empezaron a verse renovados por el cine; cuando el drama y la zarzuela, el sainete y la tonadilla fueron cediendo plaza, España no cedió aún: nos envió películas ella también. Benavente, Los Quinteros y Dicente dieron turno sin dejarnos todo. Y nosotros seguíamos silbando el chotis, como envueltos en el mantón de la chulapa; o el “Dúo de los Paraguas”, a lo señorito; o la jota de “La Dolores”, el pasodoble de “La Marcha de Cádiz”, el vals del “caballero de Gracia” y el repertorio en conjunto del “Certamen Nacional”.

Luego España Madre calló para nosotros. En vez de coger el tiempo, lo soltó. En vez de ocupar una plaza en el cine, lo abandonó a los yanquis. La juventud actual mira por esto a España como abuela. Poco sabe de María Guerrero, de Marquina de Vial Aza; y si nuestros hijos nos oyen hablar de todo eso y engréirnos en el recuerdo, atienden a ello como a datos sobre la abuela.

¿Por qué no nos manda películas España? En días pasados asistimos, en privado, a una que se ha traído a la Feria española como un adorno. Yo la vi con risa y emoción renovadoras. Los espectadores todos no se cansan de celebrarla. Todos nos sentimos identificados. España, ese día, fue otra vez madre.

Yo quiero pedir a don Arturo Torres y a don Ramón Matoses que lleven a las pantallas públicas esa cinta y que hagan venir otras más. Como subsecretario de Comercio, el uno, y como Comisario de Ferias el otro, completarían su misión en Chile. La mera economía nos presenta a España como una muy conveniente prójima, pero prójima y nada más. Ni siquiera como abuela. Y es preciso que vuelva como madre. No me conformo yo con que la juventud chilena de hoy admire objetivamente a España. Deseo que la sienta y la quiera, que reencienda en ella su sangre y en su gracia reviva.

